

PLIEGO

Vida Nueva
3.285. 17-23
DE SEPTIEMBRE
DE 2022



Dios nos habla en la vida
La lectura creyente de la realidad

GRUPO ERASMO

Expresar y comunicar la fe nos exige un esfuerzo permanente de leer la vida con ojos creyentes. Dios está aquí y nos habla, nos interroga, nos consuela, nos ilumina y nos acompaña desde las realidades más sencillas de nuestra vida cotidiana, como las que recogemos en las siguientes reflexiones. Las hemos elaborado algunos miembros del Grupo Erasmo (Carlos Barberá, Enrique Portus, Fidel García, José Luis Moreno, Lala Franco, Lola Cabezudo y Raquel García-Salmones) para demostrar que la lectura creyente de la realidad no es un arte para expertos sino, más bien, un hábito a adquirir por todos los cristianos. Y, como final y gran regalo, Dolores Aleixandre nos ha ofrecido una lectura sobre su propia vejez desde la Biblia.



La expresión *lectura creyente* procede de los movimientos especializados de Acción Católica, pero, a pesar de su ya larga vida, no ha logrado popularizarse. Sin embargo, somos muchos los que creemos que ella es lo que identifica el lenguaje cristiano. Esta afirmación justifica las páginas que siguen: esta introducción y las lecturas creyentes que conforman este Pliego.

Ya se ha apuntado muchas veces que **Jesús** comienza su predicación anunciando la cercanía del Reino de Dios y, más adelante, hará notar que ya está en medio de nosotros. No se ha recalcado tanto, sin embargo, que, aparte de su predicación y algunos gestos milagrosos, nada nuevo acontece en la sociedad palestina ni tampoco en el mundo en general. ¿Qué es, por tanto, lo que aporta la llegada de ese Reino? Pues nada menos que la presencia de la trascendencia de Dios en las personas y los acontecimientos. Cada uno de ellos se ha convertido en un sacramento y el mundo entero, en una parábola de Dios. Con su intuición de místico, san **Juan de la Cruz** lo formuló magistralmente:

“Mil gracias derramando
pasó por esos sotos con presura
y yéndolos mirando,

con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura”.
(Cántico Espiritual)

Pero, ¿no decimos que el mundo es autónomo y, por tanto, profano? Sí, sin duda alguna. Esa profanidad que ha resaltado la Ilustración estaba ya desde siempre en el pensamiento cristiano. La llegada del Reino no hace al mundo sagrado, no es el anuncio de ninguna forma de panteísmo. Si lo viste, en cambio, de su hermosura. **Teilhard de Chardin**, científico y contemplativo, lo expresaba de este modo:

“La manifestación de lo divino no modifica el orden natural y aparente de las cosas (...). Como esas materias traslúcidas, que quedan iluminadas por un rayo de luz que en ellas se encierra, el mundo, para el misterio cristiano, aparece bañado de luz interna que intensifica su estructura, su relieve y su profundidad. Esta luz no es el matiz superficial que puede ser captado por una grosera sensación, tampoco es el brillo crudo que hace desaparecer los objetos y ciega la vista. Es el sereno y poderoso resplandor generado por la síntesis en Jesús de todos los elementos del mundo (...). Si se nos

permite modificar ligeramente una expresión sagrada, diremos que el gran misterio del cristianismo no es exactamente la *Aparición*, sino la *Transparencia* de Dios en el universo. ¡Oh! Sí, Señor, no el rayo de luz que pasa rozando, sino el rayo que penetra. No tu *Epifanía*, Jesús, sino tu *Diafanía*”.

En ocasiones, se ha hecho notar que el pueblo judío –y así se muestra en la Biblia– fue el único pueblo que fue acompañando su historia de una lectura creyente. La primera no se diferencia mucho de la de otros pueblos, con sus guerras, sus conquistas, sus crueldades..., pero la lectura creyente le otorga un papel único. Esta lectura es al comienzo poco sutil (si se gana una batalla, ha sido la ayuda de Dios; si se pierde, un castigo por los pecados), pero, poco a poco, se va haciendo más aguda, más refinada. Piénsese, por ejemplo, en la palabra de los profetas en la época del exilio. Por desgracia, cuando Jesús llega, las autoridades religiosas son incapaces de hacer la lectura que hace, en cambio, el centurión romano: verdaderamente en Jesús estaba Dios. Quien le veía a él, veía al Padre.

En sus cartas, la primitiva Iglesia nos anima a hacer esa lectura creyente: “Lo que han visto nuestros



ojos, lo que hemos escuchado, lo que han tocado nuestras manos (...) del Verbo de la Vida, eso os lo contamos para que vuestra alegría sea perfecta” (1 Jn 1, 1ss).

Muchas veces, el discurso cristiano corre el peligro de decir las mismas cosas que dice el mundo, en ocasiones con retraso. Solamente mostrará su originalidad si es capaz de hacer en cada acontecimiento una lectura creyente. Buscad el Reino de Dios, encontrad la trascendencia que habita en todas las cosas, y el resto se os dará por añadidura.

CADA MAÑANA, CONECTAR CON LA VIDA

Conectar con la vida, con uno mismo, con la trascendencia, cada día, desde y con el amanecer.

Enfrentarme al estreno del día tiene una primera prueba que superar, y es no dejarme llevar por el impulso inicial de encender el móvil como primer acto del día: ¿habrá algún mensaje “importante”? ¿cómo habrá avanzado aquella noticia o acontecimiento que ayer me entretenía?, ¿algún saludo mañanero de alguien que se acuerde de mí? No caer en esa tentación me exige lograr la otra conexión deseada.

Cuando consigo pasar del móvil y centrarme en la oración como primer

acto del día, me siento mejor, más conectado a mi interior y a la vida, con más energía y motivación para orientarme a lo que más me importa y que ha sido costumbre desde mi adolescencia: la conexión con la vida y la naturaleza, conexión conmigo mismo y con la trascendencia que siento me habita: un primer acto orante de recogimiento y de saborear el silencio en ese despertar al mundo diario. Conectar-me en la oración es para mí la garantía de ir aprendiendo a mirar con otros ojos la realidad. Mi mirada es entonces cuando adquiere otro sentido, otra conciencia de los actos cotidianos, otra profundidad, lo diario como novedoso, realidades que serán hitos en la cartografía de mi existencia. “Oh Dios, tú eres mi Dios, a ti te busco, mi alma tiene sed de ti; en pos de ti mi carne languidece cual tierra seca, sedienta, sin agua” (Sal 63).

Así, empezar el día, bien sea con la lectura del evangelio o con cualquier otro tema orante, me ayuda a ponerme en la presencia agradecida de ese Padre creador: “Al despertar, Señor, me saciaré de tu presencia” (Sal 16).

Dar y darme, no en cuestiones llamativas sino, sobre todo, en lo cotidiano, lo simple, incluso lo que pasa desapercibido, exige mi colaboración para que el día esté transido, atravesado, del sentido más profundo de la existencia; aquello que va ensanchando los espacios de vida, aún desde esas pequeñas aberturas, y donde lo que parece positivo a lo mejor no lo es tanto, como tampoco lo visto como debilidad, fracaso, retroceso...

Puede que oculte en su seno el germen de algo nuevo, como la semilla que desde el paso del invierno llega a germinar en la primavera. ¡Cuánto me importa devolver a los pequeños detalles el lugar que se merecen!

En mí ya edad de júbilo, pero con el apremio de responder a la vida cotidiana, quiero seguir cultivando algunos principios y parámetros, porque “todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo” (Eccl 3, 1). Porque cada día tiene su afán y el momento que toca es el que hay que vivir desde la conciencia de sentido: “No os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana

se cuidará de sí mismo. Bástele a cada día sus propios problemas” (Mt 6, 34).

Siento que, desde esta experiencia espiritual que surge al calor de la oración, vivo de otra manera la cotidianidad, se da otro significado a la vida.

Ese inicial y cuidado rato de silencio me lleva a reconocer mejor mi ser verdadero y a entender lo que acontece –y, sobre todo, por qué– en este mundo que nos toca habitar aquí y ahora, casa común que nos acoge generación tras generación. Y creo que es un tiempo y espacio que es necesario convertirlo en *kairós*, en tiempo de Dios; tiempo adecuado u oportuno que, si lo leo e interpreto situándome ante la presencia de Dios, se convierte en lectura creyente.

Es tiempo para estar a la escucha y percibir así el susurro de la esperanza: “Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? (Is 43, 19).

Y al llegar al final del día, poder decir: “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” (Sal 125).

LOS OBJETOS COMO SACRAMENTO

Me siento en mi sillón y contemplo los libros de mi estantería: muchos los he leído y releído, me han iluminado, me han enseñado. He ido adelgazando los estantes de literatura intrascendente –cuántos libros me han regalado porque estaban de moda y qué pocos me han dejado alguna huella– y han ido creciendo los de espiritualidad.

En las estanterías hay algunas fotos y diversos objetos que no he guardado gratuitamente: son una presencia sutil de momentos del pasado.

Las fotos son de la familia, de mi marido y mi hija, y alguna –pequeña vanidad– de mi trabajo en televisión.

Hay un gong cuyo sonido metálico y dulce marca el comienzo de mis meditaciones, junto al banquito de madera en el que me arrodillo en esos momentos mañaneros de interioridad que se han ido haciendo imprescindibles en mi vida.

Unas pequeñas botellas de vidrio proceden de un viaje a Jerusalén y me recuerdan mi amor a Tierra Santa, donde he estado varias veces, y lo que me duele el sufrimiento de quienes viven en la cuna del cristianismo. Me siento en deuda con aquellos a quienes he conocido en esa tierra doliente: no deberíamos



» olvidar a esos grupos cristianos, portadores de una gran herencia.

A su lado, un cuenco de cerámica de un hermoso viaje a Sicilia, con amigos entrañables, que tuve que suspender porque murió mi cuñado. El dolor de la pérdida en contraste con esa luz del Mediterráneo, la vida y la muerte siempre de la mano. Y la conciencia de que tengo varias vidas, o de que he podido vivir muchas vidas en esta. Mi familia, tan amplia, y otros muchos círculos de amigos, de trabajo, de Iglesia, de ocio. Mucho se me ha dado gratis, no sé si seré capaz de devolver siquiera una parte de lo que he recibido (cf. Mt 10, 7-15).

Hay piedras en un cuenco, porque me gustan las piedras, fósiles de seres que vivieron hace millones de años. Las recogió mi marido en alguna excursión cerca de su pueblo. Me refieren a nuestra común afición a la montaña, al lugar en el que decidimos reconstruir una casa familiar, y a su mirada de historiador, que proyecta profundidad en los escenarios del presente desde el conocimiento del pasado.

Y hay otros objetos de incorporación más reciente. Tras la muerte de mi madre, he recuperado una entrañable foto en la que posamos, en el patio del veraneo familiar, cuatro generaciones de mujeres de la familia: mi abuela, mi madre, mi hermana y yo, y nuestras tres hijas, todavía muy pequeñas. Es hermoso sentirse parte de una estirpe de mujeres buenas, sencillas y fuertes. De ellas he recibido mucho. ¿Seré capaz de pasar al menos una parte de esa herencia a mi hija?

Hay también una pequeña calabaza seca, labrada a mano con un cuchillo, en la que el artista ha dibujado a unos campesinos del altiplano. Se la traje yo a mis padres de mi primer viaje a Perú, donde me sobrecogió el descubrir las enormes barriadas de chabolas que rodeaban Lima, que componían la mayor parte de la ciudad. No iba de turismo, fui a un congreso mundial de la Juventud Estudiante Católica, en cuyas reuniones aprendí a descubrir el mundo con sus enormes diferencias y sus injusticias, su gran riqueza y sus múltiples bellezas. También descubrí la Teología de la liberación y los serios interrogantes que plantea al mundo acomodado en el

que vivo. Porque los pobres son los favoritos del Señor (cf. Mt, 5, 1-12 y Lc 6, 20-26). Pero ¡qué lejos está mi vida de encarnar esa preferencia!

Tengo en la pared las fotos de mi reciente boda, que reflejan nuestra felicidad. Mi segundo matrimonio, otro regalo inesperado que ha revuelto y desordenado mi vida. El Señor ha estado grande conmigo y no puedo estar sino alegre (Sal 126).

Tengo dos cruces: una de Guatemala, pintada de colores brillantes; y otra moderna, una imagen esbozada de un Cristo sin cruz, con los brazos abiertos en acogida. En la cruz, los brazos atados al madero simbolizan la tortura y el abandono, mientras que, en la otra imagen, los brazos abiertos son acogida e invitación. Y es que la vida de Jesús es, a la vez, cruz y abrazo amoroso.

Ahí está casi todo lo que representa algo en mi vida: mi familia, mis amigos, mi trabajo, mis aficiones, mis creencias, mis amores, mis viajes, mi militancia en grupos de Iglesia... Observarlo me ayuda a la contemplación de mi vida en un sentido profundo, desde la aceptación y el agradecimiento. Así lo siento yo, sentada en este sillón y rodeada de estos objetos que tienen un valor sacramental, porque son símbolos de una vida en la que voy percibiendo que todo es gracia, todo es don. Con el corazón colmado, pido al Señor que me guarde en esta percepción de su presencia en mi vida, porque ¿quién sino Él la ha ido llenando de esta abundancia?

He tenido momentos duros, como la pérdida de mi marido y de muchos miembros jóvenes de mi familia. He podido siempre mantener la esperanza y seguir confiando. En todo caso, quiero seguir diciendo con Jeremías:

**“Bendito el hombre que
confía en el Señor
y pone su confianza en él.
Será como un árbol
plantado junto al agua,
que extiende sus raíces
hacia la corriente;
no teme que llegue el calor,
y sus hojas están siempre verdes.
En época de sequía no se angustia,
y nunca deja de dar fruto”.**
(Jr 17, 7-8)

Que así sea, pase lo que pase, hasta el final. Amén.

CAMINO DE SANTIAGO

El Camino de Santiago empieza en Saint-Jean-Pied-de-Port, en Francia, cara norte del Pirineo, con una subida tan dura que, en mi primer Camino, dudé entre hacer –como tenía pensado– la llamada ruta de **Napoleón** o elegir la ruta alternativa que lleva a Roncesvalles por Ibañeta; allí mismo sentí la necesidad de pedirle fuerza al Señor: “Señor, muéstrame tus caminos, enséñame tus sendas” (Sal 25, 4) e, inmediatamente, sentí una especie de impulso interior que fue el que me sostuvo a lo largo del mes de caminata cada vez que, cansado por los innumerables mini-problemas que se iban presentando –ampollas, fatiga, tendinitis, perros sueltos– me preguntaba qué pintaba yo lejos de mi familia, de mi trabajo y de mi vida de todos los días.

Esa primera noche, admirando el cielo sobre Roncesvalles, tapizado de estrellas, recordé otra vez al salmista: “Miro el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado” (Sal 8, 4).

Por la tarde, había compartido mesa corrida con cuatro chicas holandesas, eufóricas alrededor de una botella de sidra porque –decían– estaban terminando el Camino; venían de Maastricht y llevaban dos meses andando. Parecían un trasunto moderno de la historia de los Magos: venían de lejanas tierras, “habían visto salir su estrella” (Mt 2, 2) y, como ellos al llegar, “se llenaron de inmensa alegría” (Mt 2, 10); unas semanas más tarde, se repitió la misma escena en O Cebreiro, cuando yo mismo fui el *mag*o de turno, porque ya estaba terminando el Camino ante la sorpresa de unos chicos gallegos que lo comenzaban allí. Esa tarde, en O Cebreiro, un lugar de tan profundo sentido eucarístico, entré un momento a meditar en la iglesia y allí, mientras pensaba en que el pan que estaba sobre el altar había sido una multitud de granos de trigo y que el vino era el producto de millares de granos de uva, me sentí una gota de agua en el inmenso río de peregrinos que me habían precedido en el Camino y recordé las palabras de Pablo: “Siendo muchos, somos un único pan, un único cuerpo” (1 Cor 10, 17).

Las dos situaciones tan similares, con las chicas holandesas y los peregrinos gallegos, me recordaron que todo es relativo y que nosotros estamos de paso hacia la casa del Padre. Al llegar la noche, podía decir “En paz me acuesto, y al instante me duermo porque solo tú, Señor, me haces vivir tranquilo” (Sal 4, 9).

También tuve mis momentos de incertidumbre, claro; un par de veces perdí de vista la flecha amarilla, compañera fiel del peregrino, y me encontré totalmente perdido; me sentía completamente desorientado, con una sensación paradójicamente muy parecida a la claustrofobia; me detuve un momento y de nuevo recordé al salmista y su salmo 25, mientras me reconfortaba saber que “Dios es para nosotros refugio y fortaleza” (Sal 46, 1).

Maravillosa experiencia la del Camino y, desde el primer momento, me sentí inmerso en una atmósfera de espiritualidad de la que lo más doloroso fue salir; es como si dejar el Camino fuera dejar tu ámbito natural y se hiciera cuesta arriba reemprender lo que hasta entonces había considerado vida normal. Como dice san Agustín en sus *Confesiones*: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”.

Hay lugares en que todos los peregrinos sienten la presencia de lo sagrado, como en el claustro de San Pedro de la Rúa, en Eunete, en Torres del Río, en San Juan de Ortega... pero hay otros muchos momentos y lugares inopinados en los que lo sagrado se manifiesta al peregrino: recuerdo una tarde de octubre, batida por la lluvia y el viento, con los campos totalmente desnudos esperando las primeras labores o dejados simplemente en barbecho –en el tramo burgalés entre Hornillos y Hontanas, cerca del refugio de San Bol–, en la que tuve la sensación de estar en medio de la nada, pero, paradójicamente, era una nada llena de espíritu; entendí entonces que nuestros grandes místicos fueran castellanos habituados al despojamiento y el desprendimiento de todo. En una de sus primeras declaraciones públicas, el papa Francisco contaba que su abuela decía que no hay que preocuparse por guardar cosas, porque el sudario

no tiene bolsillos. Ya lo dijo Jesús: “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mt 6, 26). El Camino refuerza esa idea, pues si hay una lección práctica que se aprende durante ese mes lejos de la rutina diaria, es la de que nos sobra mucho de lo que tenemos. Y no me refiero solo a cosas materiales, sino también a costumbres, noticias, prisas, que son un peso que nos impide avanzar con libertad, de la misma manera que al peregrino lo superfluo en su mochila le supone un esfuerzo extra innecesario.

Las diez primeras etapas del que espero sea mi quinto Camino han sido una especie de bálsamo, tras estos dos años en que tanta gente querida y cercana nos ha dejado, y han vuelto a sembrar en mí la necesidad de aspirar a ser una versión mejorada de mí mismo, contando con la ayuda del Señor, al que pido con el salmista: “Señor, hazme renacer como a los torrentes del Négueb” (Sal 126, 4).

ANTE LAS OBRAS DE ARTE

Entro en el Museo del Prado y deambulo entre la gente que recorre las salas, rodeado de obras de grandes maestros. Me pregunto si todos los que visitan el museo perciben cómo



DIOS NOS HABLA EN LA VIDA

» cada uno de ellos ha sido capaz de crear un mundo propio, distinto, reconocible. Recuerdo que Dios hizo al hombre a su imagen y, por tanto, creador como Él mismo.

Admiro las luces diferentes: la luz verde amarilla de **El Greco**, la luz azul de **Patinir**, la luz fría de los manieristas, la luz escondida de **Velázquez**. Me vienen a la memoria aquellas palabras del comienzo del Génesis: “Dijo Dios: ‘Hágase la luz’. Y la luz se hizo” (Gn 1, 3). La luz, madre de los colores, partera de las formas, había comenzado a existir y, desde entonces, ha estado modelando todas las realidades del universo.

La luz nos saluda todos los días, pero, tan cotidiana, tan habitual y consabida, apenas reparamos en ella salvo en contadas ocasiones, como en algún atardecer dorado o en la aparición del sol tras una tormenta. Los artistas, sin embargo, se han apoderado de ella, la han encadenado en sus cuadros para que gentes y gentes puedan contemplarla. Hay en ella algo tan admirable y misterioso, que nos recuerda la otra luz encendida por Dios. “Pues el mismo Dios, que dijo: ‘Brille la luz de entre las tinieblas’, iluminó nuestros corazones para que brille el conocimiento de



la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo” (2 Cor 4, 6).

Y es que hay una concordancia entre la luz del mundo y la luz encendida por la vida de Jesús. Una nos refiere a la otra, y la obra de arte parece un lugar privilegiado de

ese encuentro. Sin duda, muchas personas se acercan a ella intuyendo el misterio que encierra, aunque sin acertar a definirlo. Sin embargo, no cabe duda de que salen enriquecidos de esa contemplación; no solo en su cultura, sino en su capacidad

HILOS DE ORO EN MI VIEJO TAPIZ

por Dolores Aleixandre, RSCJ

Pienso en la lectura creyente que me gustaría dar al proceso de envejecimiento. Quizá sea porque una cosa es ver y opinar sobre la vejez cuando la tienes todavía a distancia, y otra cuando eres tú misma quien experimenta sus vaivenes y sentires. Algunos ejemplos: las primeras veces que me cedieron el asiento en el metro, me molestó un poco (“¿tan mayor se me ve?”): ahora me molesta que no me lo cedan. El sobresalto inicial ante la pregunta de Renfe de si necesitaba asistencia en un viaje, ha derivado en envidia al ver a gente de mi edad liberada del peso de la maleta. Hace años me pareció inoportuna la pregunta de una joven de mi comunidad: “¿Cuántas se han muerto ya de tu noviciado?”,

pero, a día de hoy, el COVID-19 y el calendario se han llevado por delante a unas cuantas. No me siento exenta de ninguna de las aprensiones y temores asociados a la palabra *vejez*: miedo al deterioro de la salud, a la pérdida de la autonomía, a la dependencia, a la inactividad, a la *ausencia de expectativas y proyectos...* Y *no me es ajena* la alarma ante la fugacidad del tiempo y la posible inminencia de la muerte. Pero la costumbre de llevar trenzado en mi tejido vital el hilo de la Escritura –palabras, imágenes, personajes...– modifica mi mirada. El tapiz de los *años-por-vivir* se despliega ante mí, y unos cuantos objetos que aparecen en los relatos bíblicos se vuelven *hilos*

de oro que lo embellecen: unos cestos, un manto, un perfume, una higuera.

Los **cestos de panes y peces** que sobraron en el festín del desierto son un *hilo de oro* para tiempos de penuria y escaseces, cuando la atención tiende a centrarse en las circunstancias fatigosas y limitantes del envejecimiento. **Jesús** invitó a los suyos a un ejercicio de memoria: “¿No os acordáis de cuando partí cinco panes para cinco mil? Y cuando partí siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas espuelas llenas de trozos recogisteis?”. Estaba desviando su mirada de la escasez de sus recursos, para no olvidar la asombrosa prodigalidad y abundancia vividas junto a él. El recuerdo de esa desmesura

me empuja a “descuidarme” de lo que me falta y a “cuidar” más el agradecimiento por tanta misericordia y tanto bien recibidos. Un discurso tópico y tóxico que amenaza con amargarnos la vejez es el que gira en torno a la importancia de haber vivido “una vida llena” (de buenas acciones, méritos, esfuerzos y trabajos...). Pero cuando te pones a examinar tu tapiz, lo que ves sobre todo son los nudos, chapuzas y agujeros de tantas ocasiones desperdiciadas. Para esos momentos, viene en mi auxilio el *hilo de oro* del **manto de Jacob**, que se vistió el ropaje de su hermano para conseguir la bendición de su padre ciego. Preciosa esta oración de **Thomas Merton**: “Vengo a ti como



de mirar. ¡Ay de aquel que no es capaz de atisbar la belleza que se ha depositado en todas las cosas! “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y,

si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cómo serán las tinieblas!” (Mt 6, 22s).

Le pido al Señor que me abra los ojos a la luz, a la belleza de las cosas, de las palabras, de las personas, a los colores y a las formas, pero también a la luz de la bondad, de la

generosidad, de la justicia. “Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no sois hijos de la noche ni de las tinieblas” (1 Tes 5, 5).

Más aún: Jesús dijo de nosotros que éramos la luz del mundo. Que nuestras vidas, aun precarias y a veces contradictorias, sean también luminosas. Que, al contemplarlas, algunos o muchos se sientan fortalecidos, animados, iluminados.

VISITANDO A MI MADRE

Según te acercas sientes cierta congoja, tú circulas libre, pero ellas están dentro, en paz, esperando, en una paz que para ti no quieres. Es una paz que te interroga, que te conecta con lo otro.

Llamas al portón de fuera, las ves tras los amplios ventanales, están esperando, mirando al exterior. Te han visto, presentes que alguna, la más válida, se levantará y acudirá a tu madre a decirle que estás ahí, que has llegado, que tiene visita.

En el interior se respira la rutina y el recogimiento, los horarios, el tiempo detenido, piensas que es lo más parecido a un monasterio.

Por fin la ves, la besas, la abrazas, saludas a sus vecinas, para todas es una fiesta, con tu visita celebran la vida, la continuidad. Te



Jacob con los vestidos de Esaú, es decir, con los méritos y la preciosa sangre de Jesucristo. Tú, Padre, que has querido parecer ciego en la oscuridad de ese gran misterio que es tu amor, pon tus manos sobre mi cabeza y bendíceme como a tu único Hijo. Y al verme únicamente en él, me ves tal como soy en realidad...”. Así que, en vez de la “dirección prohibida” del agobio y los auto-reproches, más me vale seguir la “dirección obligatoria” de dejarme revestir en este tiempo final con el manto de Otro. Otra banda sonora que puede acompañarnos es la que nos pone delante una serie de opciones ya irrealizables, repitiendo con estribillo machacón: “Ya no estás a tiempo de nada de eso”. Mi lista de

“inéditos inviables” es larga y variopinta, y va acompañada de una cierta melancolía: nunca tendré perro, ni aprenderé hebreo moderno, ni me saldrá el suflé como a mi madre, ni iré a los fiordos noruegos, ni conseguiré en yoga la postura de la paloma... Pero un *hilo de oro* asoma en una página del Evangelio, brillante y espléndido, para recordarme que, para lo más importante, aún estoy a tiempo. Viene empapado en el perfume de mirra y áloe con el que Nicodemo ungió el cuerpo muerto de Jesús, cuando llegó a tiempo para “nacer de nuevo” precisamente entonces y allí. Su proceso había sido lento y renqueante: fue de noche a verle, no entendió nada de aquello de “nacer de nuevo” y

no se atrevió a ponerse de su parte frente al sanedrín, pero reapareció al final con 35 kilos de perfume en el Calvario. Lo que Jesús no había conseguido de él en vida, lo consiguió en su muerte, “en última convocatoria”, y aunque su retraso y su perfume tienen algo de “repecha para torpes”, permanecen como un aroma persistente recordándome: “Aún estás a tiempo de dejarte atraer”. El último *hilo de oro* tiene que ver con la llegada del verano. “Aprended de la higuera”, dijo un día Jesús: “Cuando sus ramas se ablandan y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. Lo mismo vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas” (Mc 13, 28-29).

De la muerte hablamos poco y nos resulta un recuerdo inoportuno, casi de mal gusto, que se evita en las conversaciones. Solemos tener su imaginario domiciliado en el invierno, pero el aviso evangélico asocia, inesperadamente, el momento final con el verano, un tiempo de plenitud, alegría, sol y cosechas. Si Jesús lo compara con él y anuncia que los tiempos oscuros van de vencida, que los días se alargan y nacen los brotes, una discípula “bien enseñada” no puede seguir llamando “invierno” a la etapa que precede al encuentro con su Maestro. Y como dice un poema de Víctor Herrero, “sentir mayo presente en cada esquina de este abril que aún huele a febrero”.



DIOS NOS HABLA EN LA VIDA

vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca” (Sant 5, 7).

Espera y esperanza, dos palabras de la misma raíz, que en estos pasillos se emparejan con la *confianza*. Has estado un rato de charla, estrechado su mano, viendo sus ojos y compartiendo sus sonrisas plácidas; da igual cómo entraras, porque te has transmutado; cuando salgas, lo que has vivido con ellas te dejará los pulmones y el alma henchidos; ante los afares diarios que te esperan, sientes que con ellas has vivido la experiencia de la trascendencia.

Dejas la residencia, por un momento te sientes aturdido, como al salir de una profunda experiencia espiritual o meditativa, no quieres volver a ti, quieres quedarte un poco más con ellas, en su confianza, sabiendo que Dios está ahí, como en Belén, dando abrigo, protegiendo de la intemperie, que te está esperando, siempre. Piensas: “Estuve enfermo y me visitasteis... (porque) todo lo que hicisteis a mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 34-40).

LA RELACIÓN CON LAS PERSONAS

Se dice que vivimos en un tiempo de cuidados. Cuidamos y necesitamos que nos cuiden y, en ocasiones, esa dedicación es más larga y profunda.

Mi madre tiene una cuidadora. Es una mujer de 48 años, dominicana y viuda. Tiene tres hijos de 24, 22 y 18 años, que están en su país. Les envía dinero todos los meses. Apenas sabe escribir y no tiene ninguna formación cultural. Debe proceder de un pequeño pueblo muy pobre y, como ella misma me confesó, apenas asistió a la escuela. Es de religión evangélica y lee la Biblia todos los días.

Con todo, las pocas veces que hemos tenido una conversación sobre religión no nos hemos entendido. No le gusta hablar de su pasado ni de los problemas que tiene con sus hijos. Cuando estamos bien, me ha contado algunas cosas de su vida, pero yo no suelo preguntarle.

He intentado y sigo intentando llevar una convivencia respetuosa y en igualdad, pero muchas veces no lo consigo, y lo vivo como una de esas relaciones en que alguien nos devuelve mal por bien.

Es una situación no inusual, que tiene su reflejo ya en las quejas del justo en los Salmos: “En pago de mi amor, se me acusa, y yo soy solo oración; se me devuelve mal por bien y odio por mi amor” (Sal 109, 4s).

Y más aún en el lamento dolorido de Jesús: “¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido!” (Mt 23, 37). ¿Cuáles serían sus sentimientos al verse enfrentado a aquellos para los que había pasado haciendo el bien y ahora pedían su crucifixión? Sin embargo, su penúltima palabra fue una palabra de perdón.

Sin duda conocía el texto del Antiguo Testamento recogido en el Eclesiástico: “Por eso el Señor tiene paciencia con ellos y derrama sobre ellos su compasión. Pues sabe muy bien que están inclinados al mal y por eso abunda su perdón. El hombre se compadece de su prójimo; el Señor, de todos sus vivientes” (Eclo 18, 11ss).

Paciencia y compasión, dos palabras claves cuando nos surgen relaciones más complicadas. Pero, ¿y nosotros mismos, desde dónde nos relacionamos? ¿Desde una situación de superioridad o de intentar comprender al otro? ¿Queremos solucionar pronto los problemas, olvidándonos de que cada persona tiene un ritmo de vida diferente?

Pero puede ocurrir que, después de un tiempo, llegue el cansancio, sintamos la inutilidad del esfuerzo y entendamos el duro versículo del evangelio: “Si no se os recibe ni se escuchan vuestras palabras, salid de la casa o de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies” (Mt 10, 14).

En los encuentros que vemos en los evangelios, se ve la evolución de las personas y cómo cambian sus vidas al encontrarse con Jesús. Pero hay veces que no ocurre esto, como hemos visto en las citas anteriores y también en la parábola del joven rico: “Pero él abatido por estas palabras, se marchó entristecido porque tenía muchos bienes” (Mt 19, 22).

Creemos, finalmente, que Dios “ha derramado el Espíritu sobre toda carne” (Hch 2, 17), y Él nos aporta paz, tranquilidad y fortaleza. Llevamos una temporada así. ●

» preguntan, te piden que les hables, de lo de fuera, de tu vida, de tu familia, que celebres con ellas.

Les preguntas, te interesas, y sus respuestas son evasivas, están bien. Ellas no han oído hablar de la palabra *resiliencia*, quizá sí de la palabra *resignación*; sus días, sus vidas y su presente siempre han estado regidas por un “lo que Dios quiera” o “si Dios quiere”. Es ese Dios que preside sus habitaciones en la cabecera de la cama, que preside sus sueños, sus afares, y que desde allí, con ellas y en ellas, intenta guiar nuestras vidas. Ellas están con Dios.

Al rato fluyen las conversaciones, la visita se incorpora a lo cotidiano y a la rutina; es en ese momento cuando ya no quieres irte, porque el tiempo se detiene, los problemas y las angustias que uno pueda traer de fuera desaparecen de pronto; se habla del pasado, de sus juventudes, tradiciones, oficios, de sus familias, sus casas y afectos. En las conversaciones nunca aparece el resentimiento, si acaso algún lamento cuando se recuerda a los que ya no están, pero rápidamente es conjurado al saber que un día volverán con ellos, que ellos están ahí, esperándoles. Flota en el ambiente la palabra del apóstol **Santiago**: “Por tanto, hermanos, sed pacientes hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el fruto precioso de la tierra, siendo paciente en ello hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Sed vosotros también pacientes; fortaleced